

26. LA LITERATURA DE LA SABIDURÍA

Cuatro libros del Antiguo Testamento forman parte de la llamada "Literatura de la Sabiduría": Job, Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los Cantares. Ya hemos visto el de Job junto con el de Jonás y el de Ruth en la "Literatura de Protesta", que lidia con la eterna pregunta sobre el sentido de la justicia y sobre el ser moral de Dios. Hoy me centraré en los otros tres libros de "Sabiduría" que la mitología judía atribuye al rey Salomón, tenido por el más sabio no sólo de los reyes sino de los hombres.

Tal reputación se basa en una escena del libro I de los Reyes, capítulo 3, donde Salomón no pide a Dios ni riquezas ni una vida larga sino la sabiduría que le permita ser un buen rey. Sin embargo, si leemos lo que el resto de la Biblia dice de él, la idea de que su vida se caracterizó por la sabiduría es una afirmación un tanto chocante. No sólo tuvo un harén de mil esposas sino que, literalmente, derrochó la buena fortuna y fama de su padre, el rey David. Sus insensatas políticas condujeron, al fin, a una rebelión justo en el momento de su muerte. De esta rebelión se derivó la secesión de las Diez tribus que formaron la nación de Israel o Reino del Norte. Cortar vínculos con Jerusalén y el Templo, y romper definitivamente la unidad judía, fue también algo poco juicioso porque condujo a la debilidad de todos y a una historia de persecuciones que duró siglos. La mitología, empero, tiene un poder extraño y tenaz, y la fama de la Sabiduría de Salomón se ha mantenido a pesar del testimonio en contra de la historia. Como conclusión, debemos afirmar que la Literatura de la Sabiduría se atribuyó a Salomón del mismo modo que el Libro de los Salmos a David. Ambas atribuciones, por lo que sabemos, no son verdad histórica.

Empecemos por el libro de los Proverbios. Rápidamente se nota que, en realidad, es un compendio de cuatro escritos compuestos por separado, a los que se incorporan algunos poemas y unos pocos apéndices. El libro I va de 1:1 a 9:18, y consta de diez extensos discursos con admoniciones y advertencias, más dos poemas en los que la sabiduría se personifica. Uno de los poemas (8:1-36) parece haber influido en el Prólogo del Cuarto evangelio, en que el Logos se personifica con un lenguaje muy similar. Parece que se compuso a fines del siglo IV o a principio del III aC., es decir, unos 600 años después de la muerte de Salomón. El libro segundo va desde el cap. 10:1 hasta el cap. 22:16, y el cuarto va desde el capítulo 25:1 hasta 29:27. Ambos declaran que sus palabras son los "Proverbios de Salomón". Tal pretensión es a todas luces extraña pero debe indicarse que incluso el primer libro de los Reyes proclamaba que la sabiduría de Salomón cubría no sólo los fenómenos naturales sino las conductas humanas.

El libro intermedio, el tercero, va desde el versículo 22:17 hasta el 24:42 y parece basarse en un libro egipcio de sabiduría, muy antiguo, fechable alrededor del 1000 aC., titulado: "Instrucción de Amenemope". Adjunto a este libro tercero va el primero de cinco apéndices (24:23-34). Los otros apéndices, agregados al libro cuatro, constituyen (1) un diálogo entre un creyente y un escéptico (30:1-9); (2) varios proverbios de tipo numérico (30:10-33); (3) el consejo de una reina madre a un monarca joven; y (4) el retrato de la esposa ideal de un hombre prominente (31:10-31). He tomado esta división de la Nueva Biblia Anotada de Oxford, pero puede encontrarse en casi todos los estudios del libro de los Proverbios.

El contenido del libro de Proverbios se instaló dentro de la sabiduría común de nuestra sociedad mucho más profundamente de lo que la gente se suele imaginar. Basta recordar algunas sentencias como "el temor del Señor es el comienzo de la sabiduría", "el que perturba a la familia heredará tempestades", "La buena palabra aplaca a la ira", "Cría al niño en su camino y nunca se apartará de él". Mucha gente, políticos prominentes incluidos, repiten frases así sin saber que proceden de los Proverbios.

La literatura de sabiduría fue popular entre los judíos de los siglos V y IV aC., es decir, tras el retorno del exilio, que comenzó hacia el 540. La cultura común creía que el tiempo de los profetas había pasado, que

la revelación divina nunca más podría volver y que la voz de Dios ya no se escucharía de nuevo. Así que la gente buscó la orientación para la vida en la acumulación de la experiencia y de la sabiduría. El mensaje de la sabiduría, citado una y otra vez, era que la vida de calidad se recompensaría, y no en una vida ulterior a la muerte, idea que entonces aún no existía en el judaísmo, sino en la calidad e integridad de la vida presente. Cuando se comprobó que no era así, como vimos que recogía el autor de la historia de Job, hubo una sensación colectiva de desilusión religiosa.

Este fue el sentimiento que se expresó de forma especial en el segundo libro de esta sección de sabiduría de la Biblia judía de la que estamos tratando ahora. Pues bien, quiero revisar precisamente este segundo libro, el llamado libro del Eclesiastés o libro de "Kohelet el Predicador". Este libro es mucho más un tratado filosófico, acerca del sentido de la vida, que un testimonio de unas creencias determinadas, propias de una época dada. El Kohelet llega a expresar desesperación acerca de la realidad de Dios y a cuestionar las creencias fundamentales de la religión judía. Presenta a Dios como el origen "inescrutable" del mundo y como el "determinante" misterioso del destino humano. Se muestra escéptico respecto del hombre y de su capacidad de hacer cambio alguno a mejor en la vida personal y social, y por último declara que ningún logro del hombre incide directamente en la determinación de su propio destino. Así, para este autor, no hay un significado claro ni un propósito último de la vida. Esto significa, según dice este libro de forma recurrente, que "todo es vanidad". No hay esperanza de vida después de la muerte en este libro (como se llegó a insinuar, en cambio, en el libro de Job), que afirma que la muerte sólo conduce al olvido.

Cabe preguntarse cómo un trabajo de esta naturaleza, del siglo IV aC, pudo llegar a incorporarse en el Canon hebreo de Escrituras. ¿No parece disentir de la comprensión judía dominante acerca de Dios? Para responder acerca de esta inclusión, se aducen tradicionalmente dos razones. En primer lugar, que la autoría del libro, en los dos primeros versos, se atribuye al hijo de David, es decir, al rey Salomón. En segundo lugar, se señala que, al final (ver: cap. 12:9-14), hay un fragmento ortodoxo que concluye con la siguiente advertencia: "Debemos temer a Dios y guardar sus mandamientos sabiendo que Dios juzgará los actos humanos"; y que este fragmento sólo es merecedor de que todo el libro se incorpore al Canon.

Sin embargo, lo paradójico es que este fragmento es un añadido. Desde luego, su final es un final muy extraño para un libro tan singular; y su mensaje es muy diferente del resto. De modo que la conclusión que prevalece actualmente es que debió de proceder de la pluma de un autor y editor posterior. Lo cual, al ignorarse en su momento hizo que dicho final fuera el que permitiera al libro entrar en el texto sagrado. Personalmente, siempre me ha gustado la honestidad del autor del Eclesiastés y también el hecho de que este texto casi nihilista haya podido encontrar un hueco en las Escrituras de mi tradición. Sospecho, sin embargo, que quienes defienden una comprensión mágica de la revelación y del origen de la Biblia siempre debieron de saltarse estas páginas tan lúcidas, desesperanzadas y desprovistas de lo que se suele considerar la fe.

El último libro de la sección de sabiduría se titula El Cantar de los Cantares. Reúne una serie de poemas líricos, o de fragmentos de poemas, sobre el amor humano de gente de estirpe. Un comentarista ha dicho que estos poemas eran en realidad una colección de canciones obscenas que se cantaban en fiestas profanas. Otros dicen que son canciones cortesananas destinadas a las ceremonias matrimoniales. Algunos han llegado a sugerir que estas narraciones presentan a un dios y una diosa enamorados. Cualquiera que sea la explicación de su origen, lo que permanece es que el Cantar de los Cantares es un libro que exalta la belleza, el amor físico y la atracción erótica entre el hombre y la mujer. Al leer el libro, resulta obvio que Israel jamás produjo una reina Victoria ni un período Victoriano de represión, que hubiera acabado por suprimir este libro.

Este libro llegó a entrar en el Canon de las Escrituras hebreas, primero, por atribuirse, tal como afirma su primer verso, al rey Salomón, y, segundo, por leerse de forma alegórica. Oseas, profeta del siglo VIII aC, ya había hablado de Dios como marido de Israel (Oseas 7:16-19). De manera que estas canciones se leyeron

como un diálogo entre Dios y su amada: el pueblo de Israel. El cristianismo prologó estas interpretaciones mediante la metáfora de que la Iglesia era la esposa de Cristo; tema mencionado en alguna carta de las atribuidas a Pablo, como la de los Efesios, y también en el libro de la Revelación o del Apocalipsis (21; 2, 9). Por último, el Cantar de los Cantares se ha interpretado también alegóricamente como haciendo referencia a la íntima experiencia del amor divino en el alma individual.

La literatura de sabiduría fue una línea más en el desarrollo de la cultura bíblica. Una nota de interés es que el concepto de "sabiduría" era femenino, y también en griego, lengua a la que estas Escrituras se traducirían. Invocaciones a la "divina Sophia" (en griego, "sabiduría") ayudaron a aliviar el lastre patriarcal del pensamiento bíblico acerca de Dios. Con el tiempo, muchos verían en "Sophia" un aspecto del Espíritu Santo y abogarían por la presencia de lo femenino en la noción de Dios; y la literatura sapiencial sería la base escriturística de sus propuestas. Esta idea, antaño tan ajena, favorece concebir a Dios más allá de las diferencias entre los sexos. Con el tiempo, al dejar atrás los prejuicios sexistas, los biblistas empezaron a descubrir en los textos ideas que nos desplazan más allá del límite de imaginar a Dios como una versión más grande e ilimitada de nosotros mismos. Luego se recuperaron imágenes divinas distintas de las "personales", como la analogía con el viento, o el amor o la metáfora de la roca y del mar. Gracias a cada una de estas imágenes captamos que nuestro hablar sobre Dios no tiene que ver con qué o quién es Él, lo cual ignoramos, sino con la experiencia humana de lo "sagrado" que por la imaginación vehiculamos. Así podemos emplear la literatura de la sabiduría bíblica, saborearla y transformarla en símbolos de nuestra experiencia espiritual. Tal es, en definitiva, la única forma de leer este antiguo, sagrado, bello y mitológico libro de libros al que llamamos la Biblia.

— John Shelby Spong